



APRENDIENDO DE LA CRISIS. UNA LECTURA ÉTICA

Adela Cortina *

Resumen

Desde que la última crisis económica se hiciera tan patente que casi nadie se atrevía ya a negarla, los profesores de Ética cobraron de nuevo un especial protagonismo en los medios de comunicación. Ya a fines del siglo pasado el escándalo del Watergate había reclamado su presencia en periódicos, televisiones y radios, incluso había impulsado la creación de una nueva ética de la empresa. Más tarde, a comienzos del siglo XXI, fue el asunto Enron el que obligó a salir a los profesores de Ética de sus despachos universitarios y a barruntar públicamente causas y consecuencias éticas del estropicio a petición de públicos diversos. Pero a partir de 2007, con el estallido de la cuádruple crisis –económica, energética, alimentaria y medioambiental–, las preguntas sobre sus posibles causas éticas se han multiplicado prodigiosamente. Es verdad que desde hace cuatro décadas al menos se viene diciendo que la ética está de moda, gracias al nacimiento de las llamadas “éticas aplicadas”, que fueron en un comienzo la ética económica y empresarial, la del desarrollo y la bioética, y a ellas se fueron sumando paulatinamente la ética de los medios, de la política, del consumo y un largo etcétera. Pero preciso es reconocer que en estos últimos meses la ética –o la falta de ella– en el mundo financiero, político y empresarial es noticia diaria.

Abstract

Since the latest economic crisis became so obvious that almost no one would dare to negate it, professors of Ethics have taken on a particularly prominent role in the media. At the end of last century, the Watergate scandal catapulted their presence in newspapers, on the television and the radio, and had even impelled the creation of new ethics in business. Later, at the start of the 21st Century, the Enron affair forced professors of Ethics to leave their university offices and publicly guess at the causes and ethical consequences of this mayhem at the request of several sectors of the public. But as of 2007, with the explosion of the quadruple crisis –economic, energy, food and environmental–, questions about its possible ethical causes have multiplied prodigiously. For at least the last 40 years, it has been said that ethics is becoming fashionable, thanks to the birth of so-called “applied ethics”, which started out as economic and business ethics, development ethics and bioethics, and were gradually applied to the ethics of the media, politics, consumption and a whole host of other fields. But it should also be acknowledged that in recent months, ethics –or the lack thereof– in the financial, political and business world have become daily news fodder.

1. El imperativo de la felicidad en apuros

Desde que la última crisis económica se hiciera tan patente que casi nadie se atrevía ya a negarla, los profesores de Ética cobraron de nuevo un especial protagonismo en los medios de comunicación¹. Ya a fines del siglo pasado el escándalo del Watergate había reclamado su presencia en periódicos, televisiones y radios, incluso había impulsado la creación de una nueva ética de la empresa. Más tarde, a comienzos del siglo XXI fue el asunto Enron el que obligó a salir a los profesores de ética de sus despachos universitarios y a barruntar públicamente causas y consecuencias éticas del estropicio a petición de públicos diversos. Pero a partir de 2007, con el estallido de la cuádruple crisis –económica, energética, alimentaria y medioambiental– las preguntas sobre sus posibles causas éticas se han multiplicado prodigiosamente.

* Universidad de Valencia

¹ Este artículo se inserta en el Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico HUM2007-66847-C2-01/FISO, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación con Fondos FEDER de la Unión Europea, y en las actividades del grupo de investigación de excelencia PROMETEO/2009/085 de la Generalitat Valenciana.

Es verdad que desde hace cuatro décadas al menos se viene diciendo que la ética está de moda, gracias al nacimiento de las llamadas “éticas aplicadas”, que fueron en un comienzo la ética económica y empresarial, la del desarrollo y la bioética, y a ellas se fueron sumando paulatinamente la ética de los medios, de la política, del consumo y un largo etcétera (Cortina y García-Marzá, 2003). Pero preciso es reconocer que en estos últimos meses la ética —o la falta de ética— en el mundo financiero, político y empresarial es noticia diaria.

Claro que la Ética no es nunca una simple moda, porque pertenece a la vida de los seres humanos de forma indeclinable. Personas y organizaciones pueden ser más o menos inmorales, pero ninguna está más allá del bien y del mal moral, de la misma forma que no hay seres humanos sin estatura, sin color o sin alguna calidad de salud, buena o mala. Pero no es menos cierto que en determinadas épocas la moral de las organizaciones o de las instituciones cobra una especial relevancia y se convierte en noticia de primera plana por alguna razón. Por desgracia, estas ocasiones suelen coincidir con escándalos y con crisis, como viene sucediendo en los últimos tiempos. Pero, realmente, ¿puede hacerse también una lectura ética de las crisis actuales, como pueden hacerse lecturas desde otras perspectivas?, ¿podemos formular sugerencias desde esa lectura, que puedan ayudarnos a salir de estas situaciones críticas hacia una situación mejor?

En el seminario de la Fundación ÉTNOR dedicamos este último curso a reflexionar sobre las posibles causas y salidas de la crisis, con una especial atención a la perspectiva ética, y el rótulo que encabezaba el programa del seminario resulta, a mi juicio, sumamente expresivo de lo que vamos a comentar aquí: “¿Lecciones aprendidas? Nuevos caminos para el crecimiento y nuevas formas de vida”. La segunda parte del título abre un camino de sugerencias para el futuro, mientras que la primera aparece entre interrogantes para expresar el escepticismo de los organizadores. No parece que estemos aprendiendo mucho de la crisis, entre otras razones, porque falta voluntad de cambio.

En el fondo, todos —empresarios, políticos y ciudadanos— creemos que la crisis supone un paréntesis, más o menos largo, que está dejando cadáveres en el camino, pero terminará, y entonces volveremos a la forma de vida de la que nos hemos visto obligados a apearnos. Se habla —como veremos— de que deberíamos contentarnos con menos, formar mejores profesionales, hacer reformas estructurales, pero en realidad no creemos que la forma de vida anterior a la crisis fuera inadecuada, sino que no se puede mantener y que hay que poner las bases para poder volver a ella.

Como comentaba hace unos días un político español muy conocido, refiriéndose a un amigo suyo que está teniendo que amoldarse a un tren de vida mucho más modesto del que llevaba: “yo lo que quisiera —decía el amigo— es volver a la situación anterior, pero *puediendo*”. Pensamos que esto es una cuestión de ciclos, como nos han enseñado los economistas, un asunto de paciencia, de esperar a que lleguen de nuevo las vacas lustrosas.



Nada nuevo bajo el sol. Desde los trabajos éticos de la Grecia clásica al menos sabemos que todos tendemos a la felicidad, pero el problema es doble, encontrar los medios para alcanzarla, que es cosa de un entendimiento informado, cultivado y prudente, y querer poner los que nos parezcan más adecuados. Como bien decía Kant, ya a las alturas de la Ilustración, las propuestas para alcanzar la felicidad son imperativos hipotéticos, consejos de prudencia, y seguirlos en la vida diaria exige querer hacerlo.

En efecto, la fórmula de los consejos de prudencia es siempre “Si quieres X, entonces debes hacer Y”. Fórmula que en nuestro caso podría traducirse del siguiente modo: “Si queremos salir de la crisis y entrar en mejores formas de vida para todos, entonces creo modestamente que al menos deberíamos hacer Y”. A continuación, como es obvio, pueden hacerse al menos tres cosas: 1) discutir sobre si queremos X, es decir, salir de la crisis, cosa que nadie suele poner en duda; 2) deliberar sobre si los distintos caminos que se proponen son adecuados para salir de ella o los hay mejores; o 3) poner en claro si somos seres racionales, lo cual significa que cuando queremos un fin, estamos dispuestos a poner los medios necesarios para alcanzarlo.

Ciertamente, proponer caminos es difícil y cualquier sugerencia es discutible; pero sobre algunas de ellas, que vamos a comentar aquí, existe un amplio acuerdo. El punto en que suele romperse la cuerda es el tercero: es la voluntad de poner los medios la que naufraga de manera estrepitosa. Prueba evidente de que las elecciones colectivas están muy lejos de ser racionales, en buena medida por falta de voluntad. Por eso en nuestro seminario nos preguntábamos si estamos aprendiendo algo de las crisis y la verdad es que el ánimo era –y es– más bien escéptico.

Pero como en este breve artículo sólo podemos hablar de causas de la crisis y sugerencias para construir otro mundo mejor desde una perspectiva ética, vamos a pasar a ello en lo que sigue, no sin dejar constancia de que el querer es tan importante al menos como el saber y de que los proyectos suelen fracasar en muy buena medida por falta de voluntad.

2. Lo que nos ha fallado

2.1. Una crisis generalizada de confianza

De esta crisis que venimos padeciendo se ha dicho que es, ante todo, una crisis generalizada de confianza, provocada por una situación de opacidad. La falta de transparencia en las prácticas bancarias, que dispersaron el riesgo en productos opacos, llevó a una desconfianza generalizada.

Recordemos cómo en julio de 2007 el activo desencadenante de la crisis fueron las *subprime* en el contexto de una innovación financiera sin control, acompañada de la relajación de las prácticas bancarias, los sistemas de transferencias de riesgo, titulizaciones, produc-

tos estructurales, etc. La falta de transparencia y la dispersión del riesgo en productos que parecían sumamente innovadores, pero que acabaron convirtiéndose en opacos, provocan una situación en la que se difumina la responsabilidad de quienes toman las decisiones y cunde la desconfianza.

Como bien ha dicho Aurelio Martínez: “la superposición de tres clases de crisis en muchos países (financiera, inmobiliaria y de materias primas) es básicamente una crisis de confianza, que exige una acción integrada de todos los países y obliga a modificaciones radicales del sistema” (2009: 17-18).

Cuando justamente la estructura moral básica, tanto de las personas como de las organizaciones, consiste en elegir lo que consideramos mejor, justificar la elección y hacernos responsables de ella. Como bien apuntaban Zubiri y Aranguren, los seres humanos tenemos una estructura moral porque, a la hora de actuar, ideamos distintas posibilidades, elegimos la que consideramos mejor para darle realidad y, al hacerlo, justificamos esa elección como la mejor, haciéndonos responsables de ella (Aranguren, 1994; Zubiri, 1986). Si esto es así en el caso de las personas, lo es de igual modo en el de las organizaciones, financieras o empresariales, que han de responder de sus elecciones y justificarlas. Pero en su caso han de hacerlo de forma transparente ante los que resultan afectados por su actividad. Nobleza obliga: quien tiene poder para influir en las vidas de otros debe asumirlo de forma responsable y transparente.

Por otra parte, ésta es sin duda la única forma de generar confianza, que es el principal activo sobre el que descansan tanto la legitimidad como el funcionamiento del mundo financiero, empresarial y político (Fukuyama, 1998); el principal “recurso moral” con el que pueden contar las empresas para generar reputación (García-Marzá, 2004).

2.2. Fallan los mecanismos de regulación y control

Sin duda los primeros síntomas de la crisis provocaron un clamor contra la falta de regulación y de control en las actividades de las entidades financieras. Es verdad que no debe regularse todo, porque el exceso de regulación puede ahogar la creatividad y la flexibilidad necesarias en el mundo económico, y por eso es necesaria también la autorregulación. Pero una regulación suficiente era indispensable sobre todo en países como Estados Unidos. En Europa, con un mercado financiero más y mejor regulado, se hacía urgente, sin embargo, controlar esas regulaciones y, en cuanto empezaron a tomarse medidas para paliar los defectos causados por la crisis, la transparencia en la ejecución de esas medidas.

Porque ha habido distintos tiempos en esta sinfonía tan desafinada. Cuando hubo que reconocer la crisis y buscar salidas para ello el primer paso consistió en inyectar dinero en determinadas entidades financieras para que pudieran propiciar el funcionamiento de las em-



presas con préstamos. Pero de inmediato se echó en falta un control transparente del curso que seguían esos préstamos, si realmente llegaban al destino previsto. Fue creciendo con ello la convicción de que las facturas de las crisis no las pagaban los que tuvieron mayor responsabilidad en que se desencadenaran, pero también el convencimiento de que las medidas emprendidas ni siquiera llegaban a los supuestos destinatarios.

No ha funcionado, pues, en demasiados casos el marco institucional, encargado de controlar las actuaciones financieras, de poner sobre aviso a inversores y a consumidores. Han fallado los marcos y por eso es necesario el control. Pero a pesar de la convicción leninista de que “la confianza es buena, pero el control es mejor”, los dos son imprescindibles. Sin *control*, los bancos juegan al riesgo excesivo, al préstamo basura un día y a no prestar al siguiente, los ayuntamientos avalan recalificaciones, los consumidores se endeudan más allá de lo razonable y llega un tiempo en que el tren de la actividad económica da un brusco frenazo. Que parece que, al menos en parte, es lo que nos ha pasado. Pero sin *confianza*, decaen las transacciones, disminuye la inversión, escasean los préstamos, cierran las empresas, aumenta el desempleo y crece el sufrimiento. La ciudadanía tiene derecho a la transparencia.

Y, por si faltara poco, en el siguiente episodio de la novela, cuando desde Estados Unidos y la Unión Europea se exigió el recorte de gastos, la medida empezó por los más débiles (Costas, 2010). Éste es uno de los grandes fracasos de nuestra forma de vida.

2.3. Falta de profesionalidad. Incentivos perversos

Una tercera causa de la crisis, con resabio ético, ha sido la falta de profesionalidad de quienes actuaron por incentivos perversos y no por los valores de su profesión.

Aunque se olvide tan a menudo, las entidades financieras y empresariales llevan a cabo actividades que se legitiman por unas metas: proporcionar a las gentes bienes y servicios de calidad y a un precio razonable, a través de ese mecanismo moderno que es el mercado y también de esa motivación, asimismo propia del mundo moderno, que es el afán de lucro. Evidentemente, las entidades de las que hablamos han de tener bien presente la cuenta de resultados, y por eso la ética de la empresa no es una ética del desinterés. Las conductas desinteresadas son supererogatorias, no son exigencias de justicia universalmente extensibles. Pero la ética de la empresa sí es una ética del interés universalizable, es decir, del interés de todos los afectados por su actividad, que puedan tener con respecto a ella expectativas legítimas.

Por eso el célebre modelo de empresa propuesto por Freeman en 1983, el de los *stakeholders*, cobra un sentido normativo desde la perspectiva ética y se convierte en núcleo de la Responsabilidad Social Empresarial: una empresa responsable tiene en cuenta las expectativas legítimas de todos los afectados por su actividad.

En lo que hace a los incentivos, hay, pues, al menos dos tipos: los que pertenecen al juego limpio de la empresa, es decir, los que están alineados con sus metas, y los espurios. Los últimos pueden ser útiles en alguna ocasión, pero no pueden ser los principales. Y en este sentido, podemos echar mano del ejemplo que ponía el filósofo norteamericano MacIntyre a cuento de la dificultad de enseñar a alguien a amar el ejercicio de una práctica: el ejemplo de un niño, cuyos padres quieren que aprenda a jugar al ajedrez y, como no le gusta, le prometen darle caramelos cada vez que juegue. El incentivo de los caramelos puede servir para que entre en el juego, lo conozca y se interese por él. Pero, si con el tiempo sigue sin gustarle por sí mismo, hará trampas cuando pueda.

Si el directivo de un banco al asesorar a los clientes está pensando en que su salario o su ascenso dependen de que inviertan en determinados fondos, intentará persuadirles de que es un riesgo asumible con el que ganarán considerablemente. Las demás opciones serán “conservadoras”, adjetivo que tiene ya un sentido peyorativo. Claro que, a diferencia del ajedrez, el directivo también cuenta con la ambición del cliente. Pero no es un buen profesional el que no advierte de los riesgos previsibles, ni el que hace préstamos basura, aunque esa sea la forma de engrosar la cuenta de resultados, porque no es ése el sentido de su profesión y por eso genera desconfianza.

Si globalizamos la partida de ajedrez, resultará ser que, además de las turbulencias de que hablan los economistas, ha habido organizaciones y gentes concretas que no han creído en el valor de su profesión, que han arriesgado lo suyo y lo ajeno, convencidos de que a ellos les sacarán las castañas del fuego. Lo peor de todo es que en este juego algunas veces pagan los protagonistas, pero en todas las ocasiones pagan los peor situados, los débiles. Los que se quedaron sin trabajo, los que no pudieron pagar la hipoteca, los que tuvieron que cerrar su pequeña empresa, los inmigrantes que regresaron a sus países y se acabaron las remesas, fuente principal de ingresos para esos países.

No es extraño que en Estados Unidos haya cundido el asombro al tomar conciencia de que quienes desencadenaron la crisis eran MBA de las universidades de excelencia. “¿Qué formación estamos dando a nuestros profesionales?”, se preguntaban los dirigentes. Parece que no la de auténticos profesionales, sino la de puros técnicos. Y esto es algo que requiere una de esas urgentes reformas estructurales, de las que tanto se habla.

2.4. Fracasan determinados modelos de vida

No parecen haber tenido éxito para forjar sociedades más justas y felices los *modelos de vida* que aconsejan llevar a cabo conductas imprudentes e irresponsables a políticos, empresarios y ciudadanos. Como se ha dicho a cuento de la crisis, las empresas se olvidaron de medir el riesgo, las instituciones financieras financiaron lo que no tenían que



financiar, los ciudadanos olvidaron la prudencia y dejaron de medir el riesgo en la inversión y el consumo y se endeudaron más de lo razonable, y los gobiernos vieron en todo este juego votos fáciles.

Al fin y a la postre, no le faltaba razón a Galbraith cuando hablaba del *efecto dependencia* para referirse al modo en que en una sociedad consumista los deseos dependen del proceso por el que se satisfacen. En la medida en que una sociedad se hace más opulenta –decía Galbraith–, los deseos son creados de forma creciente por el mismo proceso por el que son satisfechos; en términos técnicos, no puede mantenerse ya que el bienestar es mayor en un nivel más alto de producción que en uno más bajo, sino que puede ser el mismo; el nivel más alto de producción tiene simplemente un nivel más elevado de creación de deseos, que necesitan un nivel más alto de satisfacción. En la sociedad consumista –según este enfoque– los productos no se diseñan para acomodarse a los consumidores, sino a los métodos de producción y distribución, a la maximización del beneficio y al posicionamiento de los productores en el mercado. Los productores crean un *éthos consumidor* para que las gentes consuman de forma indefinida, y por eso en las sociedades ricas nunca hay bastante (Galbraith, 1958; Durning, 1994).

Podríamos decir entonces que en nuestros días hay sociedades insatisfechas porque no tienen los bienes de consumo suficientes para satisfacer sus necesidades, y otras también insatisfechas porque para satisfacer las necesidades se crean nuevos deseos y nunca hay bastante.

Si a ello se añade el hecho de que el consumo se haya convertido en el motor de la producción y no en su meta, como creía Adam Smith, entonces se hace imposible un consumo autónomo, justo, corresponsable y felicitante, como propuse hace algún tiempo (Cortina, 2002). Y eso afecta también al ámbito de los productos financieros y al político.

Ha fallado la forma de vida más extendida pero, en cualquier caso, conviene recordar que no todos los protagonistas de la crisis son igualmente responsables, como si estuvieran a la par banqueros, empresarios, políticos y gentes de a pie. La autocrítica siempre es sana, pero también lo es atribuir mayor responsabilidad a quienes mayor la tienen. Si el banquero ofrece a quien nunca tuvo posibilidad de disfrutar de un piso propio conseguir uno con bajísimo interés y a muy largo plazo, y si además le insiste para que adquiera el coche que siempre estuvo fuera de su alcance, no puede decirse que tan responsable es el cliente como el banquero que le instó a entrar en la hipoteca. Si los políticos no advierten de que se está gestando una situación crítica y de que es preciso tomar medidas para no acabar en una catástrofe, tampoco puede decirse que su responsabilidad sea la misma que la del hombre de la calle. A mayor poder, económico o político, mayor responsabilidad.

2.5. La maldición del cortoplacismo

Como bien sabemos, el vocablo “ética” procede del griego *êthos* y significa, entre otras cosas, “carácter”. La forja del carácter es la gran tarea que ninguna persona y ninguna organización pueden rehusar, porque es el hecho de ir tomando decisiones día tras día lo que nos lleva a generar el conjunto de predisposiciones que componen el carácter. Forjarse un buen carácter es sin duda lo inteligente, pero para eso se precisa un largo plazo o al menos un plazo medio. Y, sin embargo, en el mundo financiero y empresarial se impone el corto plazo de las decisiones rápidas, que apenas dejan tiempo para la reflexión, menos aún para decidir anticipando el futuro. Pero precisamente la celeridad de los cambios exige estar “bien entrenado”, tener los reflejos preparados para tomar buenas decisiones, y diseñar iniciativas de largo aliento, no limitadas al aquí y al ahora. Y no sólo en el mundo empresarial, sino muy especialmente en el político.

El hecho de que los partidos en el gobierno dispongan de cuatro años para desarrollar sus programas y que en realidad no persigan durante ese tiempo sino ganar de nuevo las elecciones, desplaza las reformas estructurales (sistema educativo, mercado laboral, productividad), tan necesarias según todos los especialistas, *ad calendas graecas*.

Podemos decir, pues, por poner fin a este diagnóstico pesimista que falta de transparencia, opacidad, desconfianza, imprudencia, ausencia de profesionalidad, fallos en la regulación y cortoplacismo son cuestiones éticas que han fallado. Parece prudente y justo modificarlas, pero las propuestas éticas siempre dependen de la voluntad.

3. Construyendo el futuro. Sugerencias para salir de la crisis

En un artículo de *El País* del año pasado, dedicado a analizar la actuación de Obama en sus cien primeros días de mandato, se recogían unas palabras pronunciadas por el Presidente de los Estados Unidos en la Universidad de Georgetown, con las que quisiera dar comienzo a este apartado:

“Hay una parábola al final del Sermón del Monte [el de las bienaventuranzas] que cuenta la historia de dos hombres. El primero de ellos construye su casa sobre una pila de arena, y enseguida fue destruida por la tormenta. Pero al segundo se le conoce como el sabio, porque cuando las aguas descendieron y llegó la corriente y sopló el viento sobre su casa, ésta no se cayó porque estaba fundada sobre una roca. Nosotros también tenemos que construir nuestra casa sobre una roca. Tenemos que crear una nueva fundación para el crecimiento y la prosperidad”.



Cuáles serían los pilares de esa nueva fundación para los Estados Unidos es lo que aclara a continuación el mencionado artículo: una economía basada en el ahorro y la inversión, un nuevo modelo educativo, la reforma sanitaria, la renovación energética, una nueva ética y transparencia en la función pública y una política exterior orientada hacia la alianza con los amigos y, en la medida de lo posible, la comunicación pacífica con los enemigos.

La literatura sapiencial tiene una larga historia en la vida de la humanidad, y a ella pertenece el texto evangélico citado por Obama, a esos consejos de sabiduría que deben seguir aquellos que quieren vivir bien y que desoyen los estúpidos. Hasta un pueblo de demonios –afirmaba Kant dieciocho siglos más tarde– prefiere entrar en un Estado de Derecho a vivir en un estado de naturaleza, de guerra de todos contra todos sin garantía alguna, con tal de que tengan inteligencia. No es la inteligencia una facultad que abunde en el quehacer humano, y también esa falta de inteligencia lleva a construir sobre la arena y a preferir el estado de naturaleza.

Pero cuando las consecuencias perversas de la mala construcción obligan a recordar que merecía la pena edificar sobre roca, se elaboran documentos como el del G-20 de esas fechas en que se dice expresamente: “Acordamos la conveniencia de un nuevo consenso global sobre los valores esenciales y los principios que fomentan una actividad económica sostenible”. Y además se comprometen a plasmarlos en una carta. Una vez más resuena el discurso de Kofi Annan en su presentación del Pacto Mundial ante el Foro Económico de Davos en 1999:

“Elijamos –decía– unir el poder de los mercados con la autoridad de los ideales universales. Elijamos reconciliar las fuerzas creadoras de la empresa privada con las necesidades de los menos aventajados y con las exigencias de las generaciones futuras”.

No se trataba, pues, de “refundar el capitalismo” ni tampoco de “refundar los valores”, sino de recordar que la economía moderna, desde sus orígenes, necesita tener por respaldo unos valores éticos, sin los que no funciona con bien ni puede forjar sociedades más justas y personas más felices, que es a fin de cuentas la tarea que le corresponde. La economía tiene que ser ética, en el sentido de que ha de tener como meta crear buenas sociedades (Sen, 2000 y 2010; Conill, 2004). En este orden de cosas, bueno sería poner en marcha sugerencias como las siguientes.

3.1. La RSE, en serio

Curiosamente, la crisis económica, tan dolorosa para millones de personas con nombre y apellidos, ha estallado cuando está boyante el discurso de la Responsabilidad Social Empresarial en memorias anuales, índices de empresas responsables, másters y publicaciones. La pregunta es inevitable: ¿era cosmética o ética? ¿Es que el discurso de la RSE, como ha dicho José Ángel Moreno, está en realidad desvinculado de los sistemas de gobierno corporativo?, ¿es que no se ha incorporado al núcleo duro de una muy buena parte de empresas, cuando

en realidad les es consustancial? Como hemos comentado, existen causas de muy diverso género, pero la crisis es también una prueba de que buena parte de las organizaciones del mundo económico y político no han asumido ese discurso, cuando en realidad pertenece a la entraña misma de esos mundos: no viene de fuera, sino que es suyo.

Pero si las empresas no asumen su responsabilidad social, difícilmente eludiremos situaciones críticas como la que padecemos y es imposible alcanzar los Objetivos del Desarrollo del Milenio. Siempre que se entienda la RSE como lo que debería ser: no como mera filantropía (que se identifica con la acción social), sino como una herramienta de gestión, una medida de prudencia y una exigencia de justicia.

Como herramienta de gestión, debe formar parte del “núcleo duro” de la empresa, de su gestión básica, no ser una especie de limosna añadida, que convive con bajos salarios, mala calidad del producto, empleos precarios, incluso explotación y violación de los derechos básicos. La buena reputación se gana con las buenas prácticas, no con un marketing social que funciona como maquillaje.

Y conviene recordar que todo lo que debe formar parte del núcleo duro de la empresa afecta a su *éthos*, a su carácter, no es una adquisición puntual que vale para un tiempo, sino que ha de transformar el carácter de la empresa desde dentro. De eso, justamente, trata buena parte de la ética: del carácter que se forja día a día y dura en el medio y largo plazo. La responsabilidad social ha de incorporarse a la entraña misma de la empresa, transformándola internamente.

Ahora bien, junto con ser una herramienta de gestión, es también una medida de prudencia, que aconseja convertir a todos los afectados por la actividad de la empresa en cómplices de una aventura que debe perseguir el beneficio común, en una época en que la celeridad de los cambios más aconseja tener amigos que adversarios, cómplices que enemigos.

La prudencia –conviene también recordarlo– era la virtud ética por excelencia para el mundo clásico, porque permite articular la recta razón con el deseo recto, permite discernir cuál es el término adecuado en cada caso entre el exceso y el defecto. La imprudencia, por el contrario, deja damnificados por el camino, que suelen ser sobre todo los más vulnerables (Pérez, 2009).

Pero con esto no basta. Hasta este punto hemos cubierto únicamente las exigencias de dos formas de concebir al ser humano en la vida económica: una desacreditada, al menos en los libros; una segunda, boyante. La forma desacreditada concibe la racionalidad económica como propia del *homo oeconomicus*, individualista maximizador de su beneficio, al que la evolución biológica ha preparado para intentar sobrevivir en la lucha por la vida convirtiéndose en el más fuerte y derrotando a los contrarios. Sin embargo, los tiempos del *homo oeconomicus* en estado puro han pasado, y descubrimos que los seres humanos somos al menos un híbrido del *homo oeconomicus* y del *homo reciprocans*, del hombre que sabe cooperar con otros, detecta a quienes violan los contratos y se esfuerza por castigarlos.



Como muestran diversos experimentos, la selección natural escoge a los mejor adaptados, que son los grupos que cooperan y que tienen capacidad para detectar a los tramposos y castigarlos. De ahí que pueda decirse, según Cosmides y Tooby, que nuestros antecesores cooperaban ya en el pleistoceno en aras del contrato social: la reciprocidad depende del intercambio justo y de que se castigue a los infractores. Es, pues, probable que la evolución nos haya equipado con una capacidad especial para hacer el análisis coste-beneficio de un contrato social (Cosmides y Tooby, 2000; Hauser, 2008: 324).

La empresa inteligente es entonces la que adopta la responsabilidad social como una medida de prudencia que le permite cooperar con sus afectados, respondiendo así a las presiones del mercado, de la sociedad civil, de las instituciones políticas y adoptando una identidad indispensable en situaciones de incertidumbre máxima y en entornos cambiantes (Moreno, 2000 y 2004).

Ciertamente, la responsabilidad social, para serlo, ha de enraizar en el carácter de la organización, y esto le permite no quedar reducida a cosmética y a burocracia. Pero existe otro lado insobornable de la ética, que es la justicia, y la justicia exige tener en cuenta que los afectados por la actividad empresarial son a la vez, e indisolublemente, *interesantes para* la supervivencia de la empresa, e *interesantes por sí mismos*.

Es justo tener en cuenta a cualquier afectado por la actividad de la empresa a la hora de tomar las decisiones que le afectan, pero no sólo porque es *interesante para* la supervivencia de la empresa, que sin duda lo es, como comprende adecuadamente el “pueblo de demonios”, sino también porque es interesante por sí mismo, como comprende adecuadamente un “pueblo de personas”, con inteligencia y también con sentido de la justicia. Por eso hay una obligación moral con todos los afectados, que no debe eludir una organización justa.

3.2. Cultivar las diversas motivaciones de la racionalidad económica

Desde trabajos ya antiguos, pero todavía más en los últimos tiempos, autores como Sen muestran que la racionalidad económica no tiene por motivación únicamente el autointerés, entendido como autocentramiento. Pero tampoco basta con añadir a este primer motivo el autointerés entendido como simpatía, en la línea de Adam Smith, que se refiere al “bienestar de una persona que es afectada por la situación de otros”, sino que es preciso contar también con el compromiso, que rompe “el vínculo estrecho entre bienestar individual (con simpatía o sin ella) y la elección de la acción (por ejemplo, eliminar la pobreza de otros, aunque no suframos por ella)” (Sen, 1977 y 2002: 35-37).

El compromiso –dirá Sen– es una motivación que procede de la tradición kantiana, y así es, en la medida en que seres con sentido de la justicia han de reconocer que cada persona tiene un valor absoluto, es capaz de dirigir su vida desde leyes universales, por eso despierta un sentimiento de respeto, y no tiene precio, sino dignidad. No se trata de incluirla en mi proyecto vital por decisión propia, sino que es la conciencia de su dignidad la que exige ese respeto (Kant, 1967).

También el compromiso cuenta como un motivo racional en la economía, hay razones para ponerla al servicio de los seres humanos, no es ésta una cuestión únicamente sentimental. Cultivar el compromiso, junto al autocentramiento y la simpatía, es una necesidad humana vital. Más aún, hacerlo desde la tradición hegeliana del reconocimiento recíproco.

En efecto, la propuesta de Kant es insoslayable, y muy concretamente la formulación del imperativo categórico del *Fin en Sí Mismo*, que permite articular el imperativo hipotético del Pueblo de Demonios con el categórico del *Reino de los Fines*. Sin embargo, aquí Hegel nos lleva a superar a Kant, no sólo porque exige encarnar la moral en las instituciones político-económicas, sino sobre todo porque descubre que el *reconocimiento recíproco* es el núcleo de la vida social: la relación intersubjetiva, que ya existe e importa reforzar, y no sólo la que crean individuos con capacidad de contratar. Es en esta línea del reconocimiento recíproco en la que trabajan un buen número de autores, sobre todo europeos, también en el campo de la economía: la ética económica integrativa de Peter Ulrich y la Escuela de St. Gallen, la praxis dialógica de Steinmann y la Escuela de Erlangen, la economía civil de Bruni y Zamagni, la hermenéutica crítica de nuestro grupo de Valencia (Cortina, Conill, García-Marzá, Lozano). Ciertamente, transitar del individuo maximizador al hombre con capacidad de contratar y cooperar es un gran paso, pero todavía insuficiente: la alianza, que importa cultivar, va más allá del contrato y es también parte de la racionalidad económica (Cortina, 2001).

3.3. Profesionales que se saben ciudadanos

A cuento de la crisis distintos foros se han preguntado qué hacer y una de las medidas en las que hay un amplio acuerdo es la necesidad de incrementar la productividad formando buenos profesionales, cuidando los recursos humanos, de los que siempre se ha dicho que forman el más importante capital de un país, más aún en una economía basada en el conocimiento (Peiró y Pérez, 2010). ¿Qué tipo de profesionales podrían ayudarnos a salir del desastre?

Podrían ayudarnos los auténticos profesionales, que son buenos conocedores de las técnicas, pero no se reducen al “hombre masa” del que hablaba Ortega, sino que tienen sentido de la historia, los valores, las metas; son ciudadanos implicados en la marcha de su sociedad, preocupados por comprender lo que nos pasa y por diseñar el futuro, marcando el rumbo de la



evolución. A su formación como profesionales pertenece de forma intrínseca ser ciudadanos preocupados por el presente y anticipadores del futuro, no como un “algo más” que se añade a su capacidad técnica, sino como parte indeclinable de su ser.

El buen profesional tiene buenos conocimientos técnicos, pero también buen conocimiento del entorno, para lo cual se requiere experiencia. No sólo conoce los últimos productos, sino que sabe gestionarlos dirigiéndolos a buenas metas. Como decía Aristóteles, tan experto es en el arte de elaborar venenos el que los utiliza para matar como el que los utiliza para sanar, pero el primero es un asesino y el segundo un buen profesional. El técnico domina los medios y el profesional, además, conoce las buenas metas y quiere alcanzarlas.

Pero para formar a ese tipo de gentes será preciso cultivar la cultura humanista, que sabe de narrativa y tradiciones, de patrimonio y lenguaje, de metas y no sólo medios, de valores y aspiración a cierta unidad del saber. De esa inter-subjetividad humana, de ese ser sujetos que componen conjuntamente su vida compartida.

3.4. El horizonte de una ciudadanía económica cosmopolita

La globalización, hoy por hoy, es un fenómeno asimétrico. Y no sólo porque las reglas desde las que funciona son asimétricas en relación con los países, sino porque las consecuencias de las decisiones en economía, ciencia y técnica son universales, y no existen, sin embargo, ni una política ni una ética mundial.

Desde el *punto de vista político*, no existe un gobierno mundial capaz de controlar los movimientos económicos y sociales, no se ha construido aquel Estado mundial del que hablaba Kant, capaz de garantizar el nacimiento y la supervivencia de una sociedad cosmopolita. Mientras los problemas económicos y sociales son globales, la política es nacional o, a lo sumo, internacional, con organismos internacionales tan poco democráticos como la ONU, el BM, la OMC o el FMI, que no pueden ser el germen de una democracia global. Como bien dice Emilio Lamo, necesitamos “una nueva arquitectura política más que un nuevo orden internacional, con un estado flexible y diverso, un estado que fuera como un estado mundial, porque la economía, la ciencia, la tecnología, la opinión pública, las enfermedades y el clima son globales, mientras que los estados y las gobernanzas son locales y territorializados. Hay un “déficit de gobernanza global” (Lamo, 2008).

El proyecto de una gobernanza global, como la que propone Naciones Unidas y trabaja la *London School of Economics*, que permitiría distribuir con justicia bienes públicos, no pasa de un bosquejo bienintencionado. Pero mientras no exista alguna suerte de gobierno mundial, una justicia mundial se hace a la vez imposible y necesaria.

Imposible porque, como señalan un buen número de autores, los límites de las exigencias de justicia parecen coincidir con los de los Estados nacionales y fuera de ellos no queda sino un humanitarismo difuso (Nagel, 2005).

Necesaria, porque sin ella es imposible atender a las obligaciones que surgen del reconocimiento recíproco de la dignidad de los seres humanos. Precisamente el irreversible proceso de globalización obliga a los Estados a pechar con sus responsabilidades, pero con la conciencia de que la tarea les excede, que es ineludible la interdependencia. Y no sólo entre los Estados, sino entre ellos y esa sociedad civil, formada por asociaciones cívicas y por empresas transnacionales, que es indeclinable protagonista de la justicia en los nuevos tiempos.

Cuando Kant en sus trabajos de filosofía política diseñaba aquel futuro cosmopolita, en que cada ser humano podría ver protegido su derecho innato a la libertad, sólo imaginó dos caminos, cuyos protagonistas eran en todo caso los Estados: una federación pacífica de Estados libres, que conservan su soberanía y establecen entre sí vínculos de amistad, y el camino de una República Mundial con una constitución mundial para ciudadanos del mundo. Sin embargo, desde fines del siglo XVIII se han producido cambios sustanciales que abren caminos de esperanza para diseñar y poner en marcha una justicia mundial: surgen comunidades políticas transnacionales, formadas por Estados que comparten la soberanía, como es el caso de la Unión Europea, un ejemplo al que se acogen proyectos de distintos lugares de la tierra; proliferan organismos internacionales, aunque con un alto déficit democrático, y cobran fuerza esos nuevos protagonistas que provienen de la sociedad civil: las organizaciones cívicas y las empresas, locales y transnacionales (Cortina, 2010; cap. X). Conjuguar los esfuerzos de instituciones políticas, organizaciones solidarias y empresas éticas es la clave para una justicia mundial.

Referencias bibliográficas

- ARANGUREN, J. L. (1994): *Ética*; en *Obras Completas*, II. Madrid, Trotta; pp. 159-501.
- CONILL, J. (2004): *Horizontes de economía ética*. Madrid, Tecnos.
- CORTINA, A. (2001): *Alianza y contrato*. Madrid, Trotta.
- CORTINA, A. (2002): *Por una ética del consumo*. Madrid, Taurus.
- CORTINA, A. (2010): *Justicia cordial*. Madrid, Trotta.
- CORTINA, A.; CONILL, J.; GARCÍA-MARZÁ, D. y DOMINGO, A. (1994): *Ética de la empresa*. Madrid, Trotta.



- CORTINA, A. y GARCÍA-MARZÁ, D., eds. (2003): *Razón pública y éticas aplicadas*. Madrid, Tecnos.
- CORTINA, A. y PEREIRA, G., eds. (2009): *Pobreza y libertad*. Madrid, Tecnos.
- COSMIDES, Leda y TOOBY, John (2000): "The cognitive neuroscience of social reasoning"; en GAZZANIGA, M., comp.: *The New Cognitive Neurosciences*. Cambridge MIT Press; pp. 1259-1270.
- COSTAS, Antón (2010): "Zapatero, el lobo y la factura de la crisis"; en *El País*, 14 de mayo; p. 33.
- DURNING, Alan T. (1994): *Cúanto es bastante*. Barcelona, Apóstrofe.
- FUKUYAMA, F. (1998): *La confianza*. Barcelona, Ediciones B.
- KANT, I. (1967): *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid, Espasa-Calpe.
- GALBRAITH, J. K. (1958): *The Affluent Society*. Cambridge, Mass, Riverside Press.
- GARCÍA-MARZÁ, D. (2004): *Ética empresarial*. Madrid, Trotta.
- HAUSER, M. D. (2008): *La mente moral*. Barcelona, Paidós.
- LAMO, E. (2008): "El nuevo mundo: configuración de los nuevos poderes"; en AAVV: *¿Es rentable la ética en el nuevo orden mundial?* Valencia, Fundación ÉTNOR; pp. 53-77.
- LOZANO, J. F. (2004): *Códigos éticos para el mundo empresarial*. Madrid, Trotta.
- MARTÍNEZ, A. (2009): "¿Crisis o transformación económica?"; en VVAA (2009); pp. 7-29.
- MORENO, J. A. (2000): *Entre el fragor y el desconcierto*. Madrid, Minerva.
- MORENO, J. A. (2004): "Responsabilidad social corporativa y competitividad: una visión desde la empresa"; en *Revista Valenciana de Economía y Hacienda* (12); pp. 10-49.
- NAGEL, T. (2005): "The Problem of a Global Justice"; en *Philosophy & Public Affairs* (33, 2); pp. 113-147.
- PEIRÓ, J. M. y PÉREZ, F. (2010): *El papel de la formación para un nuevo modelo de crecimiento*. Conferencia pronunciada en la Fundación ÉTNOR, Valencia, 11 de marzo.
- PÉREZ, F. (2009): "Actuaciones empresariales imprudentes que pagamos todos"; en VVAA (2009); pp. 114-129.

- RACMYP (2010): *Crisis económica y financiera: intervenciones en la RACMYP 2000-2010* [intervenciones de Juan Velarde, Ángel Sánchez Asiaín, Julio Segura, Jaime Terceiro, José Barea, José L. García Delgado, José María Serrano y Pedro Schwartz].
- SEN, A. (2002): *Rationality and Freedom*. Massachusetts/Londres, The Belknap Press of Harvard University Press.
- SEN, A. (2003): “Ética de la empresa y desarrollo económico”; en CORTINA, Adela, ed.: *Construir confianza*. Madrid, Trotta; pp. 39-54.
- SEN, A. (2010): *La idea de la justicia*. Madrid, Taurus.
- STEINMANN, H. (2004): “Zur Situation der Unternehmensethik heute”; en ULRICH, Peter y BREUER, Markus: *Was bewegt die St. Galler Wirtschaftsethik?* Berichte des Instituts für Wirtschaftsethik, Nr. 100; pp. 33-37.
- ULRICH, P. (2001): *Integrative Wirtschaftsethik* (3. Aufl.). Haupt, Bern/Stuttgart/Wien.
- ULRICH, P. (2005): *Zivilisierte Marktwirtschaftsethik*. Herder, Freiburg.
- VVAA (2009): *Empresas éticas ante la crisis actual*. Valencia, Fundación ÉTNOR.
- ZAMAGNI, S. (2006): *Heterogeneidad motivacional y comportamiento económico. La perspectiva de la economía civil*. Madrid, Unión Editorial.
- ZUBIRI, X. (1986): *Sobre el hombre*. Madrid, Alianza.